

CONCLUSIÓN FINAL

Aunque el concepto de “creatividad” es de atribución contemporánea, la simple constatación de datos nos sugiere que hay creencias en todos los niveles culturales que se pueden considerar incipientes antecedentes del proceso creativo. Lo cierto del tema es que en todos ellos se ve la “creatividad” como el resultado de la unión de opuestos aparentemente irreconciliables, una idea que comparte un denominador común con los conceptos tradicionales de totalidad, unidad y creación de las filosofías taoístas y budista chinas, de la mitología hindú, del hermetismo alquímico del medievo, etc., etc., y que deja entrever una historia mayor. Al sopesar sus conexiones, da la impresión de que la unión de opuestos establece curiosos paralelismos con la investigación neurológica acerca de las diferencias funcionales entre los hemisferios, que pueden operar en una relación paradójica de dualidad y unidad. Tales diferencias muestran claramente la oposición y complementariedad tradicionales de la razón versus la intuición y lo científico versus lo religioso. La teoría hemisférica confirmaría así lo que muchas religiones de culturas diferentes ya sabían bajo las formas simbólicas más variadas, y que queda expresado como la superación de todos los aspectos polarizados en una unidad armónicamente realizada, aunque a través de una metodología distinta. A todas estas connotaciones hay que añadir los conceptos de unidad y dualidad de la naturaleza y del pensamiento que han postulado los filósofos, artistas y científicos. La idea principal gira en base a la consideración de una lógica unificadora en la naturaleza y el psiquismo humano y, por otra parte, en la aceptación de que en esa lógica existen dos aspectos opuestos pero complementarios.

La teoría hemisférica establece de modo simplificado dos patrones en cuanto a las características de cada hemisferio. El hemisferio cerebral izquierdo analiza la información punto por punto para dar acceso a la comprensión de las cosas o fenómenos. Aprende de la parte al todo y absorbe con rapidez los detalles, hechos y reglas. Y el hemisferio derecho recibe la información bajo una forma no verbal, a través de una realidad sintética más próxima al mundo sensorial y afectivo. Al partir de una imagen global, aprende del todo a la parte. Ambos modos en el procesamiento de la información utilizan estilos de cognición de alto nivel. El hemisferio izquierdo se sustenta en el pensamiento lógico-

binario y, por consiguiente, en la conciencia de los opuestos y la pluralidad, que difiere del pensamiento holístico y la conciencia de unidad y complementariedad propia de la actividad del hemisferio derecho. Armonizar ese aspecto de unidad y oposición es la clave del diálogo entre los hemisferios.

Cualquier actividad creativa pone de relieve la interrelación dinámica entre las ocurrencias e intuiciones del hemisferio derecho y el proceso de transformación del izquierdo que las haga innovaciones comprensibles. Pero desde el punto de vista del pensamiento también son llamativas las diferencias observadas, dependiendo de las distintas actitudes ante la vida. Atendiendo a la teoría hemisférica, el pensamiento místico, al sustentarse en la experiencia transpersonal y en la narración poética, es una creación del hemisferio derecho, relacionado con el pensamiento intuitivo a la hora de trascender las categorías, las polarizaciones, clasificaciones, etc., y experimentar las relaciones más globales o totales, lo cual da la clave para explicar los presentimientos y los fenómenos parapsicológicos. En cambio, la creación científica es la obra cumbre producida por el hemisferio izquierdo, especializado fundamentalmente en las relaciones categóricas que parcelan la realidad, lo cual es lógico, puesto que las categorías suelen estar basadas en el lenguaje verbal y las matemáticas. No obstante, el científico, al igual que el místico, experimenta la totalidad, aquí reside su creatividad. Aunque con un dominio distinto, el científico intenta ver simultáneamente las cosas desde lo particular y lo general, para encontrar propuestas de leyes universales. Mediante una aproximación reductiva busca llegar a lo particular, para después intentar comprender sus relaciones generales. En este sentido, el científico es un verdadero creador, porque consigue la complementariedad básica entre los órdenes opuestos. Digamos que todo científico, como todo artista, es un místico, es decir, alguien que trasciende las dualidades general/particular, deducción/inducción, sujeto/objeto, intuición/razón, unidad/dualidad, un esfuerzo en donde el hemisferio derecho alcanza los mayores niveles de actividad. Eso implica la puesta en marcha de un proceso mental basado en el pensamiento intuitivo. En cuanto a la creación artística, se encuentra determinada por el modo de pensamiento que mejor se adapta al estilo personal del artista. Cada actitud potencial ante la vida, aún comportando un equilibrio constante en el mundo interno que construye, ocasiona

la repulsa hacia su opuesto en la estructura ideológica del mundo exterior. Sin embargo, aunque las relaciones en el campo ideológico solo puedan concebirse como una utopía deseada, en el creador conviven, de tal manera que su actividad se convierte en el acto de la conciliación, entendido como la materialización de una iluminación interior, como la encarnación de lo ideal en lo real, de lo mental en lo físico, de lo divino en lo humano, aspectos que sintonizan con las relaciones físicas de nuestro cerebro al representar esos mismos órdenes. Cuando el resultado es tratar de conciliar y armonizar las actitudes de los tres ámbitos y no de eliminar una de ellas, el proceso creativo se da y se acrecienta. Por eso, ser capaces de unificar las tres actitudes en la mente puede ser un gran paso para conseguir una totalidad cultural.

No puede ser fruto de una coincidencia que en las modernas teorías científicas sobre la asimetría hemisférica se encuentre una misma interpretación en los modos de alcanzar el conocimiento, que implican dos formas de ver el mundo, cada una de ellas con una concepción distinta de la “realidad”: la concepción de un mundo con un sentido holístico, dotado de vida, conciencia y, como tal, unificado; y aquella otra que niega dicho sentido y postula un mundo mecanicista y dualista. Se establece así un enlace entre los descubrimientos más avanzados en todas las áreas del saber y el conocimiento de las civilizaciones del pasado, con la sola diferencia esencial de que lo que fuera para las civilizaciones antiguas una genial intuición es en nuestro caso el resultado de la investigación teórica. Este giro copernicano contiene por núcleo una posición propiamente unificadora que combina la religión, la ciencia y el arte en una nueva visión del mundo. La polémica unificación contiene por metodología un modelo con un componente afectivo y racional, el **modelo fractal-holográfico**, con un sesgo subjetivo y objetivo de la realidad; un método universal a la vez integrador y fragmentado, el **método holofrónico**, que pone en entredicho la duda científica del acceso directo o intuitivo al conocimiento (inferencia inconsciente); y un manifiesto que complementa la libre conexión de ideas y la organización estructurada de una obra, el **manifiesto holofractista**, que rompe el cliché de la autoría de tipo capitalista. Una epistemología amparada, no solo en el amor y empatía como vías cognitivas, sino también en la labor investigadora y creadora.

Con la aparición de una nueva metodología de interrelación entre las distintas informaciones y de organización de todos los conocimientos, no pasará mucho tiempo antes de que las ciencias divididas se reúnan en un diálogo cultural. A medida que se extienda, precipitará en un punto de inflexión que actuará como catalizador del equilibrio de la actividad cerebral sin apenas poner esfuerzo. Un cambio neurológico para estabilizar la transformación espontánea que necesitamos alcanzar individual, social y globalmente, si es que deseamos sobrevivir como especie. Este hecho marcará un glorioso capítulo en la discontinuidad de la historia del conocimiento humano, más abrupto aún que el ocurrido desde el comienzo de la ciencia moderna del siglo XVII.